

Abordaje institucional de las psicosis: una orientación por el síntoma

Héctor Gallo, Leonardo Gorostiza, Daniel Millas,
Sara Moreno Osorio, Ana María Vargas Betancur,
Ulises Orestes Cuéllar Bermúdez, Agustín Muñoz López,
Liliana Zorelly Giraldo Aristizabal,
Carolina Salazar Rodríguez, Johnny Javier Orejuela

Departamento de Desarrollo Estudiantil



Abordaje institucional de las psicosis: una orientación por el síntoma / Héctor Gallo...[et al] ; Ulises Orestes Cuéllar Bermúdez, Carolina Salazar Rodríguez, editores académicos. -- Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2016.
174 p.; 24 cm. -- (Ediciones Universidad EAFIT).
ISBN 978-958-720-358-5
1. Psicosis. 2. Psicoanálisis. 3. Universidad Eafit. Desarrollo estudiantil. I. Tít. II. Serie. III. Gallo, Héctor. IV. Cuéllar Bermúdez, Ulises Orestes, edit. . V. Salazar Rodríguez, Carolina, edit.

616.89 cd 21 ed.

A154

Universidad EAFIT- Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Abordaje institucional de las psicosis: una orientación por el síntoma

Primera edición: septiembre de 2016

© Ulises Orestes Cuéllar Bermúdez, Carolina Salazar Rodríguez – Editores Académicos

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 49 No.7 Sur-50

Tel. 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-358-5

Imagen de carátula: Isabel Cristina Castaño Preciado

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Editado en Medellín, Colombia

Contenido

Palabras preliminares

Prólogo

Héctor Gallo 9

El coraje de la psicosis

Leonardo Gorostiza 23

Abordaje institucional de las psicosis: una orientación por el síntoma

Abordaje institucional de las psicosis: una orientación
por el síntoma

Daniel Millas 33

Un mundo sin paredes y sin puertas

Sara Moreno Osorio 49

Otro lugar para la psicosis

Ana María Vargas Betancur 65

Nuevas modalidades clínicas de las psicosis

El *parlêtre*

Ulises Orestes Cuéllar Bermúdez 87

Enfermedad e invención

Agustín Muñoz López 103

Lo que las psicosis enseñan al psicoanalista

El trabajo melancólico

Liliana Zorelly Giraldo Aristizábal 123

La interpretación: entre lo impuesto y lo editado

Carolina Salazar Rodríguez..... 133

Entrevista

La psicosis es una lección de humildad para el analista,
lo lleva a los límites de la eficacia de la palabra

Daniel Millas conversa con Johnny Javier Orejuela

y Ulises Orestes Cuéllar Bermúdez..... 151

Palabras preliminares

Prólogo

*Héctor Gallo*¹

Este libro es el segundo de la serie que conforma el trabajo de investigación, supervisión y formación clínica en la atención, no solo de las neurosis sino también de la psicosis en un contexto educativo. No se trata de especializarse en atender casos de psicosis desencadenadas en la universidad o fuera de ella, sino de, en lugar de conformarse con remitir al estudiante a un centro hospitalario aduciendo que allí tendrá atención especializada, más bien formarse para detectarla y, hasta cierto punto, tratarla con la debida prudencia.

El equipo que se ha conformado se encuentra ante diversos tipos de demandas a las que hay que responder. Está la demanda de la institución educativa, la de los estudiantes que fluctúa entre lo pedagógico y lo urgente en el plano subjetivo, la exigencia imperativa del discurso oficial encargado de regular la práctica clínica de los psicólogos en el plano particular e institucional y la apuesta de ocuparse en reflexionar sobre cómo servirse de la orientación psicoanalítica para responder a estas demandas, teniendo en cuenta el caso por caso.

Para responder a una demanda de la forma más apropiada posible, no basta con estar en condiciones de ajustarse a estándares llamados de calidad, pues si bien esto funciona bien en el campo comercial, no ocurre lo mismo cuando lo que está en juego es el sufrimiento humano, pues ningún sufrimiento se ajusta a parámetros preestablecidos. Más allá del cumplimiento de lo exigido por

¹ Profesor titular del Departamento de Psicoanálisis, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Antioquia. Sociólogo de la Universidad Autónoma Latinoamericana de Medellín, psicólogo de la Universidad de Antioquia con especialización y maestría en Psicoanálisis de la Universidad de París VIII. Doctor en Psicoanálisis de la Universidad Autónoma de Madrid. Investigador clasificador Colciencias en categoría Sénior. Psicoanalista AME de la Nueva Escuela Lacaniana (NEL) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP).

el discurso oficial, está la responsabilidad ética de formarse en aquello que el diploma con el que se cuenta no garantiza.

Aunque todos los miembros del equipo de Desarrollo Estudiantil son psicólogos con cierta trayectoria profesional, y entre ellos apenas hay algún practicante de psicología que tiene un pasaje efímero por el servicio, el momento en que se encuentra cada uno con respecto a su formación teórica y clínica es muy distinto. Se espera que la formación de cada quien pase por el análisis personal, el estudio permanente de la teoría y el control de lo que hace diariamente, control que en este caso no es igual a vigilancia e imposición de formas de proceder estandarizadas, sino que se relaciona con la exigencia ética de volver sobre los casos en el contexto de un trabajo colectivo. Este retorno no se hace para juzgar, pues no hay jueces sino colegas dispuestos a contribuir con su reflexión para que la calidad del quehacer sea cada vez mayor.

Lo que anima la formación permanente de los psicólogos que hacen parte del equipo de Desarrollo Estudiantil, formación que no sustituye la garantizada por una Escuela de psicoanálisis, es la cualificación cada vez mayor del servicio y con ello la protección de las personas que tenemos la responsabilidad de escuchar cotidianamente. Este trabajo se realiza en la universidad teniendo en cuenta que la decisión de los psicólogos por una experiencia de Escuela no es algo que se pueda imponer, ya que depende de diversas circunstancias, entre ellas el momento del análisis de cada uno y la apuesta en el plano del deseo que lo asista.

Al respecto, señala Daniel Millas, en la entrevista que aparece en este libro, que:

No está de más aclarar que la universidad no reemplaza el lugar de una Escuela. Pienso que la universidad, con la presencia de psicoanalistas, contribuye a construir esta transferencia con el psicoanálisis, pero una Escuela surge, de alguna forma, como un momento lógico en el recorrido de una comunidad. Es un momento en el que surge el deseo y se dan las condiciones para ello. Entonces, no se trata tanto de que se reemplace una función por otra, sino más bien de qué manera una comunidad de trabajo que va llevando adelante un recorrido en relación con la orientación lacaniana, en determinado momento puede precipitar la constitución de una Escuela propia, diferenciada de todos los otros órganos institucionales como la universidad, el hospital o una asociación de profesionales, y articulada a su vez con las demás Escuelas que constituyen la Asociación Mundial de Psicoanálisis.

La formación de los psicólogos en una Escuela, les ha de permitir afinar su escucha, cuestión absolutamente necesaria, pues la experiencia nos ha

mostrado que en los casos en que la demanda del estudiante tiene que ver con su rendimiento académico o con algo asistencial, sobre todo cuando se trata de los llamados becados, casi siempre encubre otra demanda en la que está involucrada una urgencia subjetiva. Esto ha hecho que no nos conformemos con realizar una simple asesoría de tipo académico o que pretendamos intervenir como guías espirituales, sino que vamos más allá, procediendo por la vía de un desciframiento. En este modo de trabajar se tiene en cuenta la dimensión transferencial, que inevitablemente se instala cada vez que un ser humano se dirige a alguien para referirse a su intimidad. Esta dimensión, que es pasional porque implica el amor, el odio, la indiferencia y el saber, en un contexto educativo como en el que nos encontramos, tiene sus particularidades con respecto al dispositivo privado.

No son pocos los casos en los que un defecto en el rendimiento académico, ha sido la forma de expresar algo que no marcha en la vida personal, familiar y social del estudiante, razón por la cual no se puede descuidar una escucha clínica en la atención a los estudiantes mismos. También llegan al consultorio de la universidad un número importante de psicosis no desencadenadas, consideradas desde el psicoanálisis psicosis ordinarias, tomada aquí esta palabra no en el sentido de lo vulgar, familiar o frecuente, sino por oposición, a lo extraordinario.

Las psicosis ordinarias son psicosis no desencadenadas o que tienen desencadenamientos muy discretos, es decir, sin una explosión afectiva demasiado visible. Si nuestra intervención no es discreta ni ajustada al caso por caso, puede contribuir al desencadenamiento, de ahí que nuestro afán sea ayudar a la contención cuando este no se ha producido y, en los casos en que somos buscados luego de un internamiento, habrá que contribuir al reforzamiento de la estabilización. La estabilización en el campo de la psicosis, supone como precedente un desencadenamiento, término que es lacaniano y denota la introducción de una discontinuidad, que es opuesta a las hipótesis continuistas, que suponen que la psicosis es el producto de una acumulación de traumas y que será necesario intervenir buscando que el sujeto vuelva a ser lo que era antes del acontecimiento.

Sin importar el carácter de la demanda, ni los filtros por los que pase, se trata de recibir a alguien que aspiramos se constituya como sujeto a partir del hecho de hablarnos. Que dirigirse a nosotros no resulte en vano, es el principio que nos define; es importante que algo suceda con el estudiante a partir del hecho de haber sido escuchado, pues tenemos la responsabilidad de, en alguna medida, inducirlo a preguntarse por algo de él. Se trata de que ponga en juego no solo las demandas de su yo, sino también algo de su inconsciente pulsional.

Aquellos estudiantes afectados por psicosis no desencadenadas, pero que diversos signos de su comportamiento la revelan, no han venido al servicio porque se consideren locos, sino porque sienten que algo no funciona bien en su vida personal y solicitan ser escuchados. El trabajo realizado ha permitido ayudarlos a que inventen formas de protegerse del desencadenamiento o, en los caos en que este se ha producido de forma contundente, tengan un lugar idóneo a dónde dirigirse después del internamiento, de tal manera que se logren sostener en la universidad y accedan a cumplir con sus obligaciones académicas, así no siempre sea de manera óptima.

La cuestión es evitar, en lo posible, el desenganche por parte del sujeto del lazo universitario, pues en diversos casos, pese a que implica tensiones por la exigencia de rendimiento académico y de ajuste a normas de convivencia, ayuda a conservar cierto nivel de estabilización. En los casos de psicosis, tanto los que han implicado un desencadenamiento evidente, como los que no, la apuesta inicial ha consistido en que el sujeto vaya asimilando la lógica de su enfermedad y se logre hacer ingresar en él a Otro –en este caso el servicio– al que pueda acudir para anticiparse a la crisis.

La presencia del servicio y su inscripción simbólica en la universidad como lugar de escucha desprejuiciada y prudente, también le ha permitido a profesores, que son los que están al lado de los estudiantes en el día a día, tener a quién dirigirse para consultar sobre anomalías que ellos detectan en los mismos y poder así inventar un modo de proceder que sea el más apropiado para cada circunstancia.

Igualmente, cuando se han presentado eventos que a primera vista resultan complicados para la vida universitaria y en los que aparecen involucrados estudiantes que están siendo atendidos, los profesores y las directivas de la universidad, cuando lo han solicitado, han recibido la asesoría respectiva acerca de cuál sería el modo de proceder más adecuado, teniendo en cuenta lo complejo de la subjetividad del estudiante. En los casos en los que se hace necesario intervenir teniendo en cuenta dicha subjetividad, la norma escrita que nos rige se queda corta, razón por la cual hay que inventar, más allá de la misma, otras formas de resolver la situación que sean legitimadas por los involucrados y, hasta donde sea posible, eviten la segregación y el aislamiento.

La regla de acción es nunca precipitarse a dar respuestas rápidas orientadas por un afán de comprender o por prejuicios, sino darle tiempo al sujeto para que, a partir de su palabra, nos enseñe, sin darse cuenta, qué intervención es la que más se adecua a su estructura subjetiva. O sea que, antes que una función

educativa, policiva, normativa o moralizante, el servicio tiene una función de acogida del sujeto y de alojamiento de su palabra, pues solo a partir de esta y por medio de la misma, se interviene, asesora y acompaña. Se trata de que el servicio de Desarrollo Estudiantil, en el ámbito de la asesoría psicológica a los estudiantes, no se conforme con aplicar “paños de agua tibia”, sino que cumpla con su verdadera función en la universidad, a saber, inventar formas de intervenir allí donde el saber sabido se queda corto para responder.

A propósito del presente libro

Se reúnen aquí las producciones de los psicólogos del servicio; de Daniel Millas, invitado como ponente principal al seminario que ha de realizarse en el segundo semestre del año en curso; más una entrevista en la que se abordan, entre otros temas, el testimonio de cómo fueron sus inicios en el psicoanálisis, su quehacer como psicoanalista en una institución hospitalaria y el lugar que allí puede ser inventado para una clínica orientada por el psicoanálisis, más allá de las paredes del consultorio particular. También contamos con el aporte de Leonardo Gorostiza, quien ha enviado el texto que encabeza el libro.

Se respeta en los textos el estilo de cada autor y el modo de orientar su reflexión, pero la coherencia interna y la unidad temática de las elaboraciones que contiene, las da el hecho de que todos abordan, por distintas vías, el tema de la psicosis. Ha de anotarse que los textos elaborados por los psicólogos del servicio, intercalan con su trabajo sobre la psicosis en el seminario interno que venimos desarrollando, reflexiones sobre su experiencia en la institución con la recepción de psicosis. Al servicio llegan, en no pocos casos, estudiantes que aparentemente solo presentan dificultades propias de su edad o de cualquier ser humano, sin embargo, hay casos en donde dichas dificultades encubren y a la vez denuncian una psicosis no desencadenada o en vías de desencadenarse.

La universidad recibe psicóticos sin darse cuenta que lo son, pues se supone que todo el que es admitido a una de las carreras que ofrece, está en condiciones de adaptarse sin dificultad a la nueva experiencia que va emprender. Suele creerse que con un proceso de inducción a la vida universitaria es suficiente, pero la realidad de nuestro mundo actual es otra, pues no somos tan normales como a veces parecemos, ni tampoco tan locos como a veces se puede creer.

Los muchachos llamados “pilos”, por ejemplo, se supone que son jóvenes excepcionales, con una inteligencia superior, pero, lo que no suele tenerse en cuenta, es que, por esta misma razón, también padecen enormes dificultades

subjetivas y de relación, pues en no pocos casos experimentan el sentimiento de que hay algo en ellos que no se ajusta a lo establecido. A menudo se sienten extraños, enredados, perdidos, desconectados, con el sentimiento de que hacen cosas porque les toca hacerlas o debido a que se sienten obligados por no se sabe qué, además tienen preguntas acerca de su existencia a las que no están en condición de responder sin la ayuda de alguien que tenga la formación suficiente para escucharlos en este nivel, sin proceder a evaluarlos, a diagnosticarlos, a darles consejos o a decirles lo que hay que hacer.

Volviendo al libro, digamos que si bien la temática central es la psicosis en relación con lo institucional, las vías de análisis son diversas, pues se abordan distintos fenómenos, que si bien no son exclusivos de la psicosis, adquieren en esta estructura un valor y una significación particular. Entre otras cosas, se precisa qué implica dejarse seducir por la locura y se establece que, entre los fenómenos que en ella se pueden encontrar, está el de la intuición, la cual evoca la anticipación de una significación. La anticipación intuitiva, en el caso de la psicosis, tiene la particularidad de adquirir la forma de certeza.

El texto con el cual se encabeza el libro dice que en el máximo de indeterminación, que es el vacío en el cual deberá fundarse el deseo, la psicosis muestra a cielo abierto su transformación en certidumbre. El sujeto psicótico convierte imaginariamente lo indeterminado en algo cierto e incuestionable, y es esto precisamente lo que por esta vía producirá en él una salida del sujeto supuesto saber y a instituirse por “fuera de la dialéctica del Otro simbólico” y del “régimen de identificaciones” que promueve.

Otro de los problemas abordados hace referencia a la estrecha relación entre locura y libertad, más el riesgo que esto implica. La libertad de la locura no evoca en rigor la liberación jubilosa de un agobio, sino más bien un desprendimiento de la atracción de las identificaciones ofrecidas por el Otro con el cual mantuvo el sujeto una cierta relación hasta el desencadenamiento de la enfermedad. Quien, por ejemplo, llega a la universidad con el ánimo de profesionalizarse y además es recibido, es porque se considera que está en condiciones de lograr lo que dice querer, debido a que cuenta con identificaciones simbólicas que lo sostienen.

El sujeto puede parecer bien inscrito en las identificaciones que lo hacen ver normal, pero, durante el recorrido, puede revelarse un desprendimiento del Otro simbólico, expresado bajo la forma de una desvinculación de dichas identificaciones y con ello del lazo social. Las consecuencias de esta desvinculación serán múltiples; entre ellas disminución del rendimiento académico, problemas con los compañeros y profesores, aislamiento, desinterés por las cosas de la vida

cotidiana, desorientación, errancia, desconexión y riesgo de pasaje al acto, que puede llegar a presentarse dentro de la misma institución universitaria.

La desvinculación se produce debido a que en el discurso delirante del sujeto, en sus alucinaciones, en los fenómenos intrusivos, en los fenómenos de autorreferencia, en el automatismo mental y demás manifestaciones propias de esta estructura, suele venir a ocupar el lugar de mando un Otro que para el sujeto psicótico antes era totalmente ajeno e indiferente. Es por esto que lo sorprende y lo siente como a un intruso que viene a invadir su vida, sometiénolo y atormentándolo cruelmente.

La libertad psicótica es entonces una libertad negativa, dado que si bien se libera del Otro simbólico, a partir de ahí queda a merced de un Otro tan real, que el poder que ostenta es ilimitado y, en consecuencia, sus designios no admiten discusión ni reserva por caprichosos que se consideren. En tanto el Otro simbólico le impondrá la segregación como retaliación por salirse de la normalización, no tendrá más cómo hacerse escuchar de este y es así como ha de pasar al anonimato, del cual a veces suele salir mediante un pasaje al acto criminal o mediante un acto de invención.

La invención en la psicosis es un acto creacionista que no cuenta con el Nombre del Padre como soporte. Esto implicará un cuestionamiento y un paso de infracción, una sustracción de la dialéctica del reconocimiento con respecto al Otro, el atravesamiento de algún código o de una ley. Aun así, dependiendo de las consecuencias, podría llegar a ser aceptado y acogido por el Otro como un acto valioso socialmente, cuestión que sin duda tendrá un valor estabilizador. Una verdadera invención en la psicosis es aquella que le permite al sujeto anudarse de nuevo al lazo social fracturado y obtener un reconocimiento a partir de una nueva lógica guiada por lo inventado. Es en este sentido que el acto de invención es trans-individual y no algo conquistado en soledad.

Otro aspecto del que se ocupa el texto, es el de dar cuenta de la concepción elaborada por Jung sobre el inconsciente, la conciencia y el yo, que constituyen algunas de las parcelas que conforman la psiquis humana. Pese a ser psiquiatra, Jung se muestra crítico de las teorías de las psicosis basadas en explicaciones físico químicas y, en general, que ven su causa en disfunciones fisiológicas y consideran a las psicosis enfermedades del cerebro. Es en oposición a esta dimensión, que considera dogmática, desde donde se ocupa de formular una etiología de la psicosis que coloca la psiquis en el centro de la cuestión, tomando como orientación el concepto de libido.

La apuesta de Jung no es abogar por una teoría psicológica de la psicosis en detrimento de una teoría fundada en lo cerebral, sino que propone un diálogo en donde no se “desestime ni lo físico ni lo psíquico”. Se anota que Jung distingue entre los casos en donde se produce un hundimiento del yo y aquellos en donde su presencia se caracteriza por una levedad, dando la apariencia de que se trata de una neurosis, pero que con el correr de los días se perfila como psicosis. De aquí se desprende, que hay casos de psicosis en los que por no haberse producido un desencadenamiento evidente, los sujetos se han salvado de pasar por la hospitalización, librándose con ello de la segregación que implica el riesgo de una posible cronificación.

La cronificación supone una desvinculación definitiva del lazo social por desintegración, no diríamos, como lo hace Jung, del complejo del yo, sino del mundo simbólico del sujeto y de este como ser de discurso. El servicio de Desarrollo Estudiantil, entonces, tiene, entre sus objetivos, no solo ayudarlo al sujeto a protegerse de un desencadenamiento de la psicosis cuando clínicamente existe en él, sino también ir en contra de la cronificación cuando ya se ha producido un desencadenamiento acompañado de una hospitalización, un diagnóstico psiquiátrico y el inicio de una medicación, que a veces resulta tan excesiva, que obliga al sujeto a desvincularse del ámbito laboral y/o académico.

Otro de los aspectos abordados en el libro, es la exposición de un esbozo de lo que sería una clínica del *parlêtre* –ser hablante–, en donde ya no sería el Nombre del Padre lo que operaría como orientador y principio diferenciador entre neurosis y psicosis, sino un más allá de este. Lo que caracteriza a este ser que habla, es que el hecho de hablar lo hace un desterrado de la relación sexual, en el sentido de que le resultará imposible encontrar en ella un acomodo que lo haga feliz y le permita vivir sin sobresaltos, tal como lo proponen quienes se consideran expertos en la educación sexual de los jóvenes. Los seres hablantes tenemos la sensación de ser hablados y por ello no encontramos la armonía que anhelamos en la relación sexual. A este nivel vivimos más desadaptados que adaptados, más traumatizados que tranquilos y con la sensación de que hay algo que no nos permite encontrar acomodo en la relación con el Otro.

En tanto recibimos de la palabra el estatuto de ser, nos constituimos, ante todo, como seres traumatizados por el lenguaje y no somos un cuerpo sino que lo tenemos. No perder la certeza de que tenemos un cuerpo es fundamental, pues de lo contrario, entraremos en una gran desorientación y no sabremos dónde estamos, a dónde vamos, ni que somos para los demás, ni ellos para uno. Es esto lo que nos enseña Lacan inspirado por Joyce, quien logra inventar una obra de arte sin contar para ello con el padre.

El arte de escribir le permite a Joyce evitar el desencadenamiento de su psicosis. Esto implica que en aquellos casos de psicosis no desencadenadas que encontramos en el servicio de Desarrollo Estudiantil, nos ocupamos de entender qué invención ha hecho cada *parlêtre* para mantenerse anudado al lazo social, invención que se vuelve tanto más fundamental, por cuanto falta el Nombre del Padre. Lo que hace Joyce es encarnar él mismo el Nombre del Padre mediante su relación con la letra, cuestión que lo convierte en un escritor excepcional, pues al no escribir para nadie, se ha hecho, sin embargo, leer. Una invención particular le permite al neurótico vivir menos traumatizado y al psicótico procurarse un mundo con menor inestabilidad.

El *sinthome* como invención de un saber

Dado que este libro se titula *Abordaje institucional de la psicosis: una orientación por el síntoma*, y que uno de los textos que lo conforman se titula “Enfermedad e invención”, se justifica finalizar este prólogo con una pequeña reflexión sobre lo que podríamos denominar: el paradigma de la invención en el campo de la psicosis, la función que esta tiene de proteger de un desencadenamiento o de asegurar un modo de vida en donde el Otro se sienta menos cruel. Al mismo tiempo, se espera por esta vía dejar plasmada una modesta idea de lo que sería dejarse orientar por el *Sinthome*, tomando a Joyce como modelo.

Desde el principio, Joyce “[...] quiso ser alguien cuyo nombre, precisamente el nombre, sobreviviera para siempre. Para siempre significa que él marca una fecha. Nunca se había hecho literatura así” (Lacan, 2006: 162). Es por esta manera que tuvo de hacer literatura, que dice Lacan que Joyce es el escritor por excelencia del enigma. La sabiduría de Joyce tiene que ver con que cada uno aprenda a “[...] servirse de su *sinthome*, de la singularidad de su pretendida ‘minusvalía psíquica’, para lo mejor y para lo peor, sin aplastar su relieve bajo un *common sense*” (Miller, 2006: 237).

Lo que hace Joyce con sus problemas no es ir a buscar ayuda, él despreciaba a la gente que curaba, despreciaba a los terapeutas, pero no lo hacía por transferencia negativa, por simple capricho o por un vano orgullo personal que lo llevaba a no querer por ningún motivo agachar la cabeza, sino porque eso no le decía nada. “Es que él, con su problema, se las arregló solo” (Miller, 2013:132).

Ni en el caso Schreber ni en el caso Joyce hay desciframiento del inconsciente, ninguno de ellos se entregó a la asociación libre y no tenemos, por parte del sujeto o del analista, el testimonio de los descubrimientos, las

iluminaciones que habrían podido marcar un recorrido. Y Lacan consagró este hecho afirmando que Joyce estaba desabonado del inconsciente, (Miller, 2011: 90).

Desabonado quiere decir que no tuvo relación con el inconsciente porque con el escrito hizo su ser. “Se trata de la obra de alguien separado, de un exilado [...]” (2011:92), por eso con su escrito:

[...] no conmueve a nadie, no hace llorar a nadie, no hace palpitar el corazón de nadie, no concierne a nadie en nada, no los toca, no les mueve su objeto a. Lacan sostiene que no juega con ningún equivoco capaz de conmover el inconsciente de nadie. Pero esta no es simplemente la crítica de un lector, sino lo que lleva a decir aquí no hay inconsciente (2011: 91-92).

Lo que escribe Joyce no vale más que para él y es por esto que tiene valor de *sinthome*, pero como encuentra universitarios que lo leen, su escrito adquiere un valor literario, sin por ello perder su absoluta singularidad, pues no es posible introducirlo en ninguna clasificación poética.

Joyce inventa su *sinthome* haciendo literatura y por esto ante sus síntomas no tuvo que plantearse, como cualquier otro mortal, uno de dos caminos posibles. “[...] comenzar a mirar los programas de dietética; cinco capsulas (sic) por día, acostarse siempre a la misma hora, despertarse siempre a la misma hora, no fumar, hacer deporte, –cada día se agrega algo–, y el otro es hacer algo con lo que no se ajusta a eso” (2013: 132). Este camino es el que toma Joyce. “No se ocupó de descifrar su síntoma. Prefirió cifrarlo de otro modo” (2011: 132).

Como Joyce es único y por eso no tuvo que ir a análisis para inventar su *sinthome*, lo que se espera de quienes sí van a análisis, hasta las últimas consecuencias, es que dejen de seguir anhelando que sea el gran Otro de lo simbólico el que invente algo de lo cual puedan servirse para darle sentido a sus vidas y pasen a ser los inventores de su propia forma de vivir, a ser capaces de encarnar su propio *sinthome* (Miller, 2009:15). Se trata de que el sujeto logre llegar a ser tan competente que pueda pasar a decretar cómo quiere vivir, en lugar de que sea Otro quien se lo muestre. Se espera que también pueda asumir que debe contar con lo que no cambiará, eso frente a lo cual no hay posibilidad de éxito terapéutico.

No se trata de que al final del análisis el sujeto se convierta en un rebelde con causa, que acceda a la reivindicación y la protesta. Tampoco se espera que diga estoy justificado en tal o cual forma de gozar porque descubrí al final de mi análisis que esto es mi incurable. De lo que se trata más bien es de convertirse

en un hereje, es decir, de hacer una elección que no se parezca a la de ningún otro, de hacer lo que hay que hacer, no para articularse con una estructura y menos por obligación, sino por decisión. Esto es lo que hace Joyce al inventar, no precisamente una forma de hacer poesía a partir de la cual se funda una escuela literaria, sino una forma inédita de hacer literatura que no hace Escuela, sino Universidad. Lo que quería era de cierto modo terminar con la literatura y en su lugar dar a comentar a los universitarios su singularidad (2009:16).

No se espera que al final del análisis los analizantes sean la versión actual de Joyce, todos los analistas desarticulados como Joyce, quien no hizo un análisis porque no lo necesitó, como sí lo necesitamos quienes pretendamos formarnos como analistas. Pero de lo que sí se trata al final del análisis, es que cada quien despeje su incurable, clarifique el modo cómo ha hecho con su locura, perciba su modo de gozar como absolutamente singular, y que, además, deje en su sitio el Nombre del Padre y pare de buscarle significación a lo que ya no tiene porque está desarticulado. Al final del análisis “[...] el Nombre-del-Padre, que condiciona toda la realidad psíquica, no es más que un nombre del modo de gozar, es el modo de gozar captado en su carácter universal” (Miller, 2011:95).

A la luz del *sinthome*, el análisis ya no estará más centrado en el develamiento del fantasma, su fractura y la travesía, pues la dirección de la “[...] investigación va más en el sentido de la identificación, en el sentido del yo soy eso: el *sinthome*” (2011:162). Yo soy eso no es igual al así soy yo. Aquel que se petrifica en un así soy yo suele considerar que no tiene que cambiar, que quien quiera relacionarse conmigo deberá aceptarme así, pues no cambiaré gústele a quien le guste. En cambio el yo soy eso o el Tú eres eso, significa que éste es mi ser de *sinthome*, que no es lo mismo que el ser de goce que se reconoce en el objeto a, es decir, en el objeto condensador de goce del sujeto. El ser de *sinthome* se reconoce “[...] en un proceso, en una repetición, y en un montaje” (2011:162).

El fin de análisis en este nivel no se conforma con aislar el objeto de goce del sujeto y con verificar hasta qué punto se ha producido una separación libidinal con respecto al mismo, cuestión que implica una fractura del fantasma, “[...] una desconexión entre el significante y el goce”, sino que va más allá de dicha desconexión: “[...] aísla lo que queda y que es el *sinthome* como aparato de goce. Dicho de otro modo, ordena el pase en un más allá del pase, que es este aparato opaco” (2011:162).

La salida de análisis supone, “[...] además del atravesamiento del fantasma, la identificación con el síntoma” (Miller, 1999:270): Tú eres tu síntoma. No se trata “[...] de una contradicción sino de un paso más, puesto que [...] el nuevo

sentido del síntoma [...] incluye al fantasma” (Miller, 1999: 270). Lo que síntoma y fantasma tienen en común es el goce.

“[...] existe un gozar del síntoma, que fue con lo que Freud tropezó en el camino de la interpretación analítica –destinada a liberar el mensaje contenido en el síntoma– y llamó de diversas maneras: reacción terapéutica negativa, ma-soquismo primordial” (Miller, 1999: 270). Estos dos términos indican que el síntoma insiste mientras el sujeto se aferra más allá de la interpretación que se haga y que si se aferra es porque obtiene un placer desconocido, es “[...] por una satisfacción de la pulsión, que Lacan, [...] bautizó como goce” (Miller, 1999: 270).

De acuerdo con lo dicho, el fin del análisis a la luz de la clínica del *sinthome*, no supone que el sujeto ya no gozará más, no supone que ya no buscará más esa satisfacción desconocida, sino que más bien se reconciliará con su goce, es decir, le dará su acuerdo, así que se le da el nombre de *sinthome* a algo que no es susceptible de “[...] atravesamiento, fractura ni anulación (Miller, 2011:162), sino de identificación y por tal motivo la relación con el mismo ha de volverse satisfactoria. Aquí identificarse quiere decir volverse eso, Joyce se vuelve eso y su eso es la letra, identifica su ser con la misma y esta fue “la condición para hacer de su *sinthome* una obra” (Miller, 2011:162). Resumiendo, el yo soy eso que define el *sinthome* (Miller, 1999: 270), quiere decir esta es mi invención fundamental, mi manera definitiva de estar en el mundo, no para ser feliz sino para estar feliz de vivir, para hacer del hecho de vivir lo que más satisfacción me produce a pesar de no estar exento de enfrentarme a las contingencias de lo real sin ley. Esto que soy es mi conquista fundamental, mi saber hacer y es por ello que me protege de caer fácilmente en crisis, de vivir de urgencia en urgencia. “Más allá de la fractura del fantasma, de un fantasma que daba sentido queda el fuera de sentido; y por consiguiente, la invitación a hacer el pase es sin duda una invitación a fabricar sentido, pero sentido que denota el *sinthome*”.

El sentido que denota el *sinthome*, ya no es entonces el del gusto por descifrarse que suele aparecer al comienzo del análisis y que se relaciona con un eso no es claro, no es ordenado, es nebuloso, opaco, lleno de contradicciones, sino que es algo que está más allá y que Miller define como prisión del *parlêtre*, del ser hablado que implica saber hacer con un vacío en donde es claro que algo no está ni estará jamás escrito.

El *sinthome* al final de análisis aparece “como una positividad”, como una mutación de goce en la que está implicada una disminución del *displacer* que dicho goce traía consigo y un aumento de “el placer del que es capaz”. Ya no se trata de franqueamiento, de ruptura, de corte, de un antes y un después, de

un renacer y de volverse un hombre nuevo, sino de algo más modesto, de un arreglo. “Se necesita que la cosa se arregle de otro modo para que la cantidad de displacer que les procura su síntoma disminuya y que ustedes estén más cómodos con él” (2011: 179).

La satisfacción que marca el fin de análisis consiste en lograr estar más cómodo en su miseria, en su exilio. Esta comodidad no significa resignación, acomodarse a las cosas tal como son, sino actuar de tal manera que lo que se ha inventado como *sinthome* empiece a darnos placer, nos permita conducirnos como si estuviéramos curados, como si lo incurable no nos agobiara más y nos costara menos. Es de esta manera como quizá logremos “hacer una obra”, no tan brillante como la de Joyce, pero si a nuestra medida, es decir, a la medida de la satisfacción que necesitamos para vivir (2011:179-180).

Referencias

Jacques, Lacan, (2006), *El Seminario, Libro 23, El sinthome*, Buenos Aires, Paidós.

Jacques-Alain Miller, (1999), *Los signos del goce*, Buenos Aires, Paidós.

Jacques-Alain, Miller, (2006), “Nota paso a paso”, en: *Joyce el síntoma*, Libro 23.

Jacques-Alain Miller, (2009), “La invención psicótica”, *El caldero de la escuela*, Publicación de la Escuela de Orientación Lacaniana, N° 11. Buenos Aires.

Jacques-Alain Miller, (2011), *Sutilezas analíticas*, Buenos Aires, Paidós.

Jacques-Alain, Miller, (2013), *Piezas sueltas*, Buenos Aires, Paidós.

